VI

Cuando Hipólito Dufresne acabó su lectura, sus amigos le felicitaron cordialmente, aplicándole Nicolás Langelier las palabras de Critias á Triefón:

—Parece—le dijo—que te dormiste sobre la piedra inmaculada en la ciudad de los ensueños, puesto que soñaste tanto en una noche tan corta.

—No es probable—dijo Josefín Leclerc—que el porvenir sea tal como á usted se le presentó. No deseo el advenimiento del socialismo; pero tampoco me infunde pavura. El colectivismo en el Poder, sería muy distinto de lo que la gente imagina. Alguien ha dicho, refiriendo sus reflexiones, al tiempo de Constantino y de las primeras victorias de la Iglesia: «El cristianismo triun»fa; pero triunfa en condiciones impuestas por la »vida á todos los partidos políticos y religiosos. »Todos, absolulamente, sean cuales fueren, se »transforman de un modo tan absoluto en la lu»cha, que, después de la victoria, sólo les queda »de su verdadero ser el nombre y algún símbolo »de su pensamiento desvanecido.»

—¿Será preciso renunciar á desconocer el porvenir?—preguntó el señor Goubin.

Pero Giacomo Boni que ahondando algo en sus excavaciones había descendido desde la época actual á la edad de piedra, dijo:

—Puedo asegurarles que la Humanidad cambia poco. Lo que fué será.

—Sin duda—replicó Juan Boilly—el hombre ó lo que llamamos el hombre, cambia poco. Pertenecemos á una especie definida. La evolución de la especie se halla forzosamente comprendida en la definición de la especie. No admite metarmofosis infinitas. No se puede concebir á la Humanidad después de su transformación; ¿pero en qué nos fundamos para creer que el hombre es el fin de la evolución de la vida sobre la tierra? ¿Por qué suponer que su aparición agotó las fuerzas de la Naturaleza, y que la madre universal de las floras y de las faunas después de haberlo formado se quedó estéril para siempre? Un filósofo naturalista, que no se asusta de su propio pensamiento, H.—G. Wells, ha dicho: «El hombre no es un fin.» Ciertamente, no es el principio ni el fin de la vida terrenal. Antes de que apareciera sobre el globo, formas animadas multiplicáronse en el fondo de los mares, en el fango de las playas, en los bosques, en los lagos, en las praderas y en las montañas frondosas. Cuando haya pasado,

nuevas formas aparecerán. Una raza futura, nacida tal vez de la nuestra, ó acaso sin tener con nosotros ningún lazo de origen, nos sucederá en el imperio del planeta. Ignoramos y despreciamos á esos nuevos genios de la tierra. Los monumentos de nuestras artes, en el caso de que aún queden para entonces vestigios, no les interesarán. Serán los dominadores futuros cuyo espíritu no podemos adivinar, como el palceopiteco de los montes Siwalik no pudo presentir las ideas de Aristóteles, de Newton y de Poincaré.

FIN